

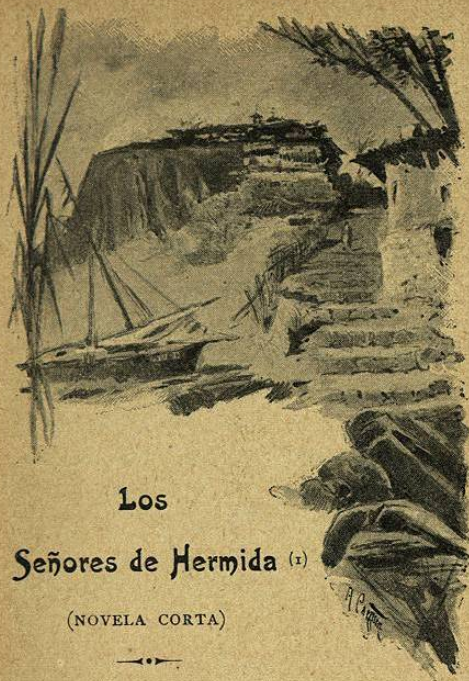
personales que luego sirven para engañar, con voz de estómago agradecido ó de solidaridad interesada, al pasivo rebaño que acepta juicios hechos y los consagra con su murmullo de comparsa anónima.

La formación de este volumen débese á las iniciativas concurrentes del editor señor Gili y de algunos amigos de Ochoa. La proposición de éstos se cruzó en el camino con la que *motu proprio* hacía don Gustavo Gili, uno de los más apasionados admiradores del malogrado escritor. En nombre de la familia de éste y de sus íntimos (entre los cuales me contaba), hago aquí público el reconocimiento á que se ha hecho acreedor el propietario de la *Colección elzevir ilustrada*, por su espontáneo tributo á la gloria de Ochoa.

A mí me cupo la tarea de revisar todos los papeles del amigo querido, y ordenar los que pudiesen ser publicados: tarea grata y triste á la vez, en que las sombras del corazón dolorido se iluminaban á menudo con las chispas de luz del talento simpático y admirable de Juan Ochoa.

RAFAEL ALTAMIRA

Agosto, 1899.



Los Señores de Hermida ⁽¹⁾

(NOVELA CORTA)

A mi querido amigo Román Arango

I

En un insignificante cabo de la costa cantábrica que sostiene encarnizada lucha con las olas, está situada una aldea de pescadores llamada Rocamar.

(1) Las palabras, locuciones y giros anticuados que tal vez le extrañen al lector en esta narración, no los achaque á prurito ó afán mío de exhumar palabras, alardeando de arcaico. Escribir hoy el lenguaje de nuestros tatarabuelos,

Tiene sus cimientos enclavados en enormes peñascos, que en esta continua guerra quedaron horadados, maltrechos, con las entrañas surcadas de caprichosos laberintos, por los cuales circula el agua como la sangre por las venas. Parecen estas peñas descomunales esponjas que tiemblan ante el Océano, dispuesto siempre á tragirlas. Cuando el temporal logra encolerizar las aguas, el combate es titánico. Las olas que en tiempo bonancible lamen suavemente las playas, lanzan entonces espumarajos de furor, y arrollándose las unas á las otras, dan la primera embestida al enemigo. Óyese un sonido seco como el chasquear de un látigo; después un rumor bronco y prolongado, como si se quejara aquella mole, y luego llegan al oído susurros vagos, melodías

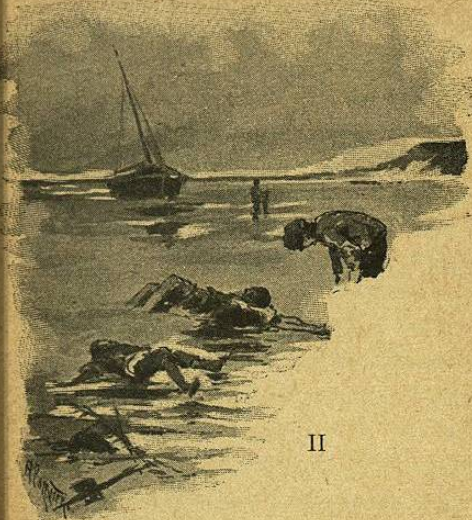
sólo por ser antiguo, me repugna por lo que tiene de falso y poco espontáneo: como me repugnaría un pintor que, ejecutando un cuadro de hoy, imitara la pátina de las obras antiguas, que es obra del tiempo y no del artista. Lo que ocurre es, que hay regiones en las cuales las clases *infirmas* de la sociedad conservan y usan palabras y giros de otros siglos que sólo viven allí (en los diccionarios están enterradas), adonde no llegan fácilmente los vientos otoñales que secan y arrastran las hojas del bosque de que nos habla Horacio. Algunos tipos de los que yo he procurado esbozar, abusan de los enclíticos en sus diálogos; dicen además, *prea*, *moquero*, *murar*, etc.; y no les hago yo decir cosas tales ni si quiera como curiosidad filológica, sino como realidad actual, que yo he intentado imitar lo mejor que pude.—*Not. del autor.*

extrañas que resuenan en el interior, en las oquedades de la masa granítica. Retrase el oleaje para cobrar nuevos bríos; mientras dura la resaca, el peñasco chorrorea agua por mil agujeros; las plantas marinas, adheridas á las rocas, dobléganse como mechones de una cabellera mojada; y el viento, aleteando como un pájaro invisible é inmenso, arranca quejidos á todos los objetos, ciérnese sobre la aldea, y allí, después de apagar la voz de los marineros que murmuran pestes contra él, arrastra en jirones el humo de las pobres chimeneas, en tanto que las miserables viviendas, como temblorosas y amedrentadas, parecen apiñarse unas contra otras para no rodar por el peñón como un caserío de fichas de dominó. Cuando el sacristán se olvida de descolgar el badajo de la campana, que está escondida en colosal espadaña, descolgando sobre todas las casuchas, el huracán se encarga de dar un repique que pone de mal humor al cura, porque ya se sabe, allí

viento marero,

viento campanero.

En la pequeña ensenada, en el humildísimo ancón, abrigado cariñosamente por el cabo de Rocamar, están atados los botes y las lanchas *traineras*, y sólo se nota en él una suave agitación del agua que estremece las barcas, y un resoplido débil del viento que no tiene fuerza para romper las amarras de aquellos cautivos. En tales días el pánico se apodera de la gente. «Fulana tiene un hijo en el mar...» «Zutano no ha vuelto aún... ¡Alabado sea Dios! ¡Él lo traiga en paz!» Y las mujeres acuden á la iglesia; rodéanse los santos de tenebrarias, y el señor cura reparte palabras de consuelo y esperanza.



II

En una casucha que, valga la verdad, no apesta tanto á carroña como casi todas las del pueblo, habitaba, en compañía de su marido, la señá Ramona, alias la *Mandila*, que olía á honradez desde una legua. La vivienda, de piso terreno y con alguna que otra gotera, sería pobre, pero en lo tocante á limpieza, punto en boca; porque allí las cacerolas podían servir de espejos para afeitarse, los bancos no tenían pegada una mala escama de merluza, las camas daban ganas de acostarse, y las paredes, eso sí, estarían ahumadas porque la co-

cina era de leña, pero de polvo y telarañas, ni rastro. Tales porquerías ni las podía sufrir la señá Ramona ni las toleraba su esposo, conocido en la vecindad por el apodo de *Tolete*, veterano de la marinería, que cifraba su orgullo en ayudar bien á misa, haber escapado de dos naufragios y vestir almilla limpia. Según la *Mandila*, en sus buenos tiempos había sido un rapazón como un trinquete, y si á manos para el trabajo vamos, no se conocieron otras como las suyas. Durante muchos años había navegado en un mal barco de cabotaje; pero, amigo, á fuerza de tiempo y de subir á las vergas, de coser remiendos al velamen y de embrear calabrotos, comenzó el cuerpo á pedir tierra, y esto, unido á que el reuma, según las trazas, estaba dispuesto á no dejarle coyuntura sana, *Tolete*, ya viejo, no tuvo más remedio que fondear tranquilamente en su casa, al lado de la fiel *Mandila*, que fué desde entonces la encargada de calafatear aquella carraca.

Tolete era dueño de un bote, y aun salía á pescar; pero en realidad ya no servía más que para tomar el aguardiente por la mañana y pasarse horas y horas

en nortear y leer en el cielo desde un picacho, para predecir luego el temporal ó la calma, y dar consejos á todo el mundo... siempre con las manos atrás, y la pipa apagada en la boca.

En una ocasión maldita, le atrapó en el mar una borrasca que le costó nueve días de cama, cosa jamás soñada por el pobre *Tolete*. Fué el caso que se le aferró un dolor en un lado del pecho que no le dejaba dar una vuelta en el catre.

—Escucha, Ramona, —decía, —¿no oyes la *regolución* que tengo aquí en los fuelles?

—Bien lo oigo, condenao... y Dios me lo perdone. Tienes los respiraderos cantando como el pote... ¡Quietecico ahí, sin mover una pestaña, y basta de parola hasta que yo lo mande!...

Por fortuna, un ladrillo caliente aplicado á la parte dolorida, y cuatro ó cinco pucheradas de un cocimiento de erizos de mar, bastaron para que á los seis días pudiera el enfermo sentarse en el lecho á fumar una pipa, abrigando el propósito de levantarse al menor descuido de la *Mandila*, la cual había tenido la precaución de esconderle la ropa.

— Arríame los calzones,— se atrevió á decir *Tolete*, cansado de buscarlos con la vista.

— Lo que te debía de arriar eran un par de chicotazos, ¡carcamal!... ¡Habrás visto *enfeliz* como este, que si doy un estornudo no para hasta el camposanto y *entoavía* piensa en maniobras!...

— Güeno, güeno... Ya que no hay voluntad, siquiera cierra el pico.

Y en escenas como ésta se pasaron el tiempo los cónyuges hasta que *Tolete* pudo salir á tomar el sol.

Dios no había querido complacer á este matrimonio en lo que se refiere á la prole. A raíz de casarse tuvieron un hijo; pero salió tan endiablado pillete de playa, tan travieso y aficionado á las correrías de la *rumia*, que en una de estas aventuras se lo tragó el agua para siempre...

Miró desde entonces el mar la señá Ramona, no como madre cariñosa que alimenta á los pobres, sino como enemigo sañudo, odioso, un asesino que acecha para matar. Mil veces había llorado contemplando la inmensidad del Océano, aquellas olas verdes que le habían llevado un hijo, y seguían allí cerca de ella,

bramando, escarneciendo su pena y adornándose con cresterías de espuma y reflejos de sol... Sin embargo, el mar, como si oyera las quejas de la *Mandila*, había procurado remediar la desgracia, enviándole *otro hijo*, un diablejo que alegraba desde entonces el pobre hogar de la pescadora.

Veamos cómo ocurrió el caso, á pesar de no ser de esencia en nuestro relato.

Un día, los pescadores de Rocamar presenciaron un espectáculo terrible. A eso de las dos de la tarde comenzó el mar á gruñir como un viejo socarrón que se prepara á hacer de las suyas, y á escupir con desprecio á todos los acantilados de la costa; luego, azuzado por algunas rachas de viento, extremó su cólera, haciendo uso de todas sus energías y violencias. Los marinos echaron una ojeada á las ligaduras de sus lanchas, presagiando desgracias; afortunadamente, mar adentro no había nadie del pueblo. A pesar de esto, la iglesia se llenó de mujeres provistas de la correspondiente tenebraria, para rogar al Señor que doméñara los arranques casi siempre lucuosos del Cantábrico; pero aquella vez

ni el señor cura, ni las compungidas devotas lograron que el monstruo depusiera su actitud destructora. No, al revés; una maldita ráfaga de viento desgoznó una ventana del coro, colóse dentro, y sopla aquí, sopla acullá, no dejó vela ardiendo.

No tardó en correr por el pueblo la voz de «barco á la vista»; y efectivamente, aunque con trabajo á causa de la lluvia, que era torrencial, veíase no muy lejana una embarcación, con la cual el oleaje se divertía á su capricho. Era un mísero patache harto de luchar, desarbolado y próximo á dejarse vencer; á veces desaparecía sorbido por un abismo espumoso, otras era expelido con fuerza; cabalgaba un instante en el lomo de una ola y volvía á hundirse desfallecido y acobardado.

Nada podían hacer en favor de los náufragos los valientes pescadores, que contemplaban la escena esperando el desastre inevitable. No pasaría mucho tiempo y el barcucho sería hecho añicos contra algún escollo, y al día siguiente el mar, tal vez meloso y reposado, arrojaría con indiferencia á las playas algu-

nos cadáveres, continuando siempre sus rumores alegres y su vaivén eterno.

Transcurrió una hora de incertidumbre. Cada vez que el buque desaparecía, las mujeres lanzaban gritos desgarradores, medio apagados por el mugir del viento. Acercábase cada vez más el barco á un arrecife conocido por *La pata del diablo*... — Ahí es la tuya, — dijeron tristemente algunos marinos. Y el patache permaneció un instante casi inmóvil, como indeciso; de pronto, una ola inmensa arremetióle por la popa, y entonces el desdichado, ciego, semejante á un caballo que tasca el freno, avanzó frenético hacia el peligro, como un suicida, estrellándose contra las rocas. Las olas, como fieras hambrientas, repartieron los miembros del cadáver, brutalmente desgarrados; cada cual se llevó lo que pudo, y todas se alejaron bufando. El mineral de hierro de que venía fletado el barco esparcióse por el agua, tiñéndole con tinte rojo. Los restos de la embarcación parecían trozos de un monstruoso animal descuartizado, flotando en un lago de sangre.

Al día siguiente, en un arenal cercano

CAPITULO III
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

á Rocamar, descubrió *Tolete* el cadáver de un viejo, y no lejos de él el cuerpo de un niño que no daba señales de vida. Dar con el hallazgo y ponerlo en conocimiento de las autoridades, fué cosa de unos momentos.

El juez, el médico, el cura y el alcalde, seguidos de un grupo de curiosos, acudieron al sitio donde yacían los naufragos.

Mientras *Tolete*, revestido de cierta autoridad, apartaba á los mirones, el médico se adelantó hacia el niño, quitóse el sombrero, arremangó los brazos y comenzó el reconocimiento. Todos los presentes notaron que la fisonomía del buen señor se animó al momento, y el asombro fué grande cuando vieron que se arrojaba al lado del niño y que, después de forcejear hasta conseguir abrirle la boca, aplicó sus labios á los labios cárdenos del cuerpo inerte y sopló con fuerza hasta ponerse rojo, procurando inyectar el aire en los pulmones de aquel desdichado. Ante tan extraño ósculo de la vida á la muerte, las mujeres se deshacían en lágrimas, y la señá Ramona vió á *Tolete* que, con la cabeza baja y las

manos atrás, se alejaba silenciosamente del grupo.

—¿Qué es lo que te pasa, probe?

—¿A mí?... ¡Na! ¡Más vale callar!...

¿Te acuerdas *del nuestro*?

Y lo dijo en voz baja, como temiendo romper el silencio de aquellas gentes, que hasta respiraban con lentitud. Sólo el mar, soleado y brillante, se atrevía á mostrarse allí bullicioso y perturbador.

Al fin, el naufrago dió señales de vida. Algunos movimientos palpebrales y un conato de suspiro, bastaron para que el médico dijera con voz cansada:

—Con este se puede contar...

Entonces, la ansiedad contenida, estalló en cuchicheos y dichos.

—¡Hijo de madre, que apenas nació y ya anda tirao á la arrebatiña *po* los arenales!

—¡Y qué tostao de la *itemperia* está el infeliz!

—¡Bendito sea el Señor que too lo puedel!

El médico, entretanto, procuró hallar un soplo de vida en el anciano; pero fué empresa fallida. El viejo tenía ya el alma en otro sitio.

Bien atendido, envuelto entre mantas y harto de fricciones de vino blanco cocido con romero, el niño no tardó muchas horas en quedar más despabilado que un tordo y en decir al señor juez que él era de un pueblo de Galicia; que no



tenía padre ni madre, ni nadie en el mundo que le oliera á pariente, y que en el barco le habían recogido de limosna... Tomó informes el juzgado acerca de todo lo dicho por el rapaz, y como resultara cierto, en Rocamar se quedó *Nolo* (Manuel se llamaba) bajo la protección del cura, hasta que, con los corazones reblanecidos, la *Mandila* y *Tolete* se presentaron un día en la casa rectoral diciendo

que *Nolo* se vendría á vivir con ellos, porque el cielo y el mar se lo habían *regalado en vez del otro*, y en fin, que no había más que hablar... *Tolete* habló poco, pero acertado, y logró llevarse á casa aquella alhaja, parto de una ola...



CAPITULO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA